

## EL PADRINO

A mi amigo Mario Zambrano, que me regaló la historia de este cuento.

Nací en un pueblo de la campiña boyacense hace ya cerca de ochenta años. Soy el segundo de tres hijos, de un matrimonio de campesinos que cultivaba la tierra en la vereda de Suaneme. Mi padre murió cuando yo tenía cinco años y mi madre Conchita tuvo que pasar muchos apuros para educarnos. Cuando era niño disfrutaba mucho los juegos y competencias en las calles del pueblo, con los vecinos y amigos, con trompos de madera y canicas de vidrio. En el curso primero de primaria mi madre me compró la cartilla de Charry “La Alegría de Leer” y a mí me pareció que era mejor cambiarla por un gran trompo de color rojo de un compañero que todavía no tenía la cartilla. Cuando mi mamá me preguntó por ella para practicar en casa tuve que confesarle que la había permutado, a regañadientes le respondí quién era el compañero del trompo, a rastras me llevó hasta su casa, y llorando tuve devolverle el hermoso trompo para recuperar la cartilla.

Como los amables lectores podrán comprender no fui un buen estudiante. El rector del Liceo Centenario donde estudié la primaria en todas sus clases le gustaba la pedagogía de hacer “cabeza y cola”, la cual consistía en que a los alumnos que contestaban bien las preguntas que nos hacía sobre las lecciones los ubicaba en la cabeza, mientras que a quienes respondían equivocadamente los mandaba para la cola. Indefectiblemente yo siempre estaba en la cola mientras que mi hermano menor Francisco en la cabeza.

Los lunes es el día de mercado en el pueblo y en muchas ocasiones a la plaza llegaban los culebreros y vendedores de menjurjes, las pomadas contra las neuralgias, los emplastos para los dolores de muelas, los jarabes para la tos, los vermífugos para expulsar las lombrices y la solitaria, las lociones para vencer la reticencias del ser amado. Como todos los demás muchachos de mi edad me acercaba a curiosear, ver y palpar las novedades, y cuando el vendedor solicitaba un colaborador que le ayudara a mostrar los productos y a controlar

que alguien se hurtara uno de ellos, yo me ofrecía presto a cambio de unos centavos para comprar mis juegos y golosinas. Siempre no faltaba el sapo que le iba con el cuento a mi mamá quien de improvisto se aparecía por detrás, me agarraba de una oreja y me arrastraba para la casa, a pesar de que llorando yo le gritaba que todavía no había recibido el pago por mis servicios.

Toda la vida he sido lloretas, o mejor dicho, chilletas. Hoy en día cuando mis hijos o mis amigos me invitar a regresar de paseo a mí pueblo me niego a hacerlo porque ya no encuentro a nadie conocido, alguien a quien saludar. Entonces me agarra una profunda nostalgia al revivir los recuerdos de mi niñez y juventud que rápidamente deviene en llanto. La última vez que estuve allí me senté en una de las bancas del parque, cerca de la casona de la alcaldía, y durante dos horas que esperé a que mi hijo hiciera unas diligencias, no vi a nadie conocido. ¡La mayoría de mis amigos ya se murieron, y los que aún están vivos se residenciaron en Bogotá, que es una selva de cemento donde se refunden los afectos!

Cuando iba por la mitad del bachillerato empecé a tomar polas con los amigos y compañeros, en ocasiones que no eran muy frecuentes porque mis ahorros eran escasos. En la tienda más grande del pueblo todas las veces que allí entraba en las noches veía el mismo grupo de contertulios, que estaba integrado por varias personalidades del municipio, quienes conversaban en forma muy animada y reían con frecuencia ante la ocurrencia de alguno de ellos. Estaba integrado por Marcos Bayona, el gerente de la oficina de la Caja Agraria, Oromario Jiménez, secretario de agricultura y ganadería del municipio, Emiliano Chaparro, dueño de la mejor panadería del pueblo, Paco Monroy, mi tío y padrino de bautizo, que poseía varias fincas en las que cultivaba papa, y Marcos Evangelista Chaparro, el juez del pueblo.

No recuerdo de qué manera empecé a hacer parte de ese grupo de contertulios, en el que yo era un chino comparado con los demás. Tal vez fue por la invitación que alguna vez me hizo mi tío Paco, cuando notó que yo atisbaba en la puerta de la tienda en busca de algún amigo. Al principio no iba regularmente porque mis pingües ingresos no me permitían brindarles una tanda, pero cuando empecé a trabajar en el banco en Bogotá regresaba a mi pueblo los fines de semana y podía participar de las interesantes charlas con más confianza.

Yo disfrutaba y aprendía mucho de la charla de Marcos Evangelista. Era una persona a todas luces muy inteligente y de una vasta cultura, porque era un lector empedernido. Quedó huérfano de joven pues su padre murió a principios de la década de los veinte, en una época en que en nuestros campos cualquiera se podía morir de una fuerte gripa debido a la falta de asistencia médica, y pocos años después murió su madre de cáncer. Sólo le quedó su hermana mayor, Isabel, quién tan pronto empezó a trabajar como maestra rural se encargó de pagarle los estudios. Hizo su carrera de abogado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en donde por su excelente rendimiento académico al finalizar sus estudios fue designado Colegial de Número, distinción con la que se premian a los estudiantes más brillantes, que les concede el derecho de hacer parte del Consejo Directivo del Colegio Mayor, que es su máxima autoridad y el que toma las decisiones sobre su rumbo. Seguramente por el reto que tenía por delante de escribir una tesis que por lo menos fuera calificada como “Meritoria”, nunca la terminó y no recibió el título. No obstante, con la ayuda de un magistrado del Tribunal Superior de Santa Rosa de Viterbo fue nombrado juez del pueblo, cargo que desempeñó eficientemente durante mucho tiempo.

Su hermana Isabel murió con cerca de cuarenta años en un accidente de tránsito y no dejó hijos. Su pérdida fue un golpe demoledor para Marcos Evangelista que no encontró otro consuelo que la compañía de sus amigos y la bebida, de manera que muy pronto se volvió un alcohólico. Por esta misma razón también aumentó notoriamente su hábito de fumador, en el que se volvió adicto al consumo del Pielroja, un cigarrillo nacional de bajo costo pero muy fuerte, y del cual llegó a consumir regularmente dos paquetes diarios. A las reuniones con sus amigos en las tardes frías siempre concurría con un sombrero de fieltro color café y una ruana de lana de color blanco.

Su gran calidad como juez y ser humano quedó comprobada en incidente en el que se vio involucrada mi madre Conchita. Debido a que en el colegio le exigieron a mi hermana mayor María Noemí que llevara una máquina de escribir para recibir las clases de mecanografía, mi madre recurrió a su hermano Antonio para que le prestara el dinero. Como pasaron dos años en los que mi mamá no pudo pagar la deuda, mi tío la demandó ante el juzgado del pueblo.

Marcos Evangelista citó a mi mamá para enterarla de los cargos de la demanda y allí ella tuvo que aceptar el plazo de un mes que le concedió mi tío Antonio para devolver el préstamo y sus respectivos intereses.

Puesto que mi madre no podía cancelar la deuda en ese plazo, Marcos Evangelista le pidió a su amigo Oromario, el gerente de la oficina de la Caja Agraria, que ésta le hiciera el préstamo por el monto de la deuda y le concediera un plazo acorde con sus posibilidades económicas. Cuando la Caja desembolsó el préstamo Marcos Evangelista citó a mi mamá y a mi tío al juzgado para finiquitar el caso, y luego de que mi madre salió del despacho le pegó una vaciada a mi tío Antonio por haber tenido el descaro de demandar a su hermana viuda por el valor de la máquina de escribir que necesitaba su sobrina, y de paso le hizo ver que cuando sus sobrinos estuvieran grandes y trabajando no lo iban a mirar con buenos ojos.

Mi tío Paco murió de un infarto fulminante a la edad de cuarenta y ocho años, y su pérdida la sintió muchísimo Marcos Evangelista porque era su amigo más entrañable. A raíz de esa lamentable y prematura pérdida nuestra amistad con se hizo más grande. Cuando ya tenía cerca de sesenta años un fin de semana me dijo:

-Quiero pedirte un gran favor: que junto con tu mujer sean mis padrinos de matrimonio porque me voy a casar con Alicia Osorio. Ambos estamos maduros, nos sentimos solos, y queremos compartir nuestra vejez. Si Paco todavía estuviera vivo él sería mi padrino, y como ya no está, tú serás su reemplazo.

Yo le respondí:

-Por mí encantado, aunque creo que no soy merecedor de ese gran honor.

-¡Cómo que no! Tú eres mi mejor amigo ahora, y no importa que tú y tu señora sean menores que yo.

-Y, ¿cuándo se va a realizar la ceremonia?

-Será en unos tres meses, el próximo 8 de diciembre, en la iglesia del pueblo.

Alicia Osorio era una mujer orgullosa y altiva, hija de don Hermenegildo Osorio, el dueño del único molino de granos que hubo en el pueblo, movido por la corriente del río, que el mismo fue a comprar a Inglaterra en los años treinta, cuando en las veredas de mi pueblo todavía se cultivaban el trigo y la cebada, y por supuesto, el maíz. Alicia no hizo carrera porque desde joven se encargó del manejo de las fincas que su padre iba comprando en diferentes veredas, las que inspeccionaba regularmente montando un brioso caballo de paso fino, con sus botas de media caña de vaquero, y un sombrero blanco de jipa con cinta roja, cuyas puntas largas formaban la cresta de una ola con el trotecito elegante del caballo. Era fiel adicta del cigarrillo Marlboro, que fumaba con mucho placer usando siempre una boquilla de plata ley 0-950. Debido a que la mayoría de sus admiradores emigraron desde muy jóvenes hacia Tunja y Bogotá, Alicia se fue quedando solterona hasta que Marcos Evangelista fijó sus ojos en ella.

Le conté a Marielita mi mujer la petición que me hizo Marcos Evangelista, y ella también se sintió muy honrada de ser la madrina del bien considerado juez del pueblo, que llevaba más de treinta años ejerciendo el cargo. De inmediato se dio a la tarea de organizar los preparativos, y mandó a elaborar un vestido sastre de paño de lana color gris oscuro. Por mi parte, de igual manera me mandé confeccionar a mi medida un vestido de paño de color azul oscuro.

Cuando apenas faltaban ocho días para el casorio, un sábado mientras desayunábamos recibí una llamada telefónica de mi amigo Emiliano Chaparro, quien quejumbroso me informó que Marcos Evangelista había fallecido la noche anterior.

-¿Pero cómo puede ser?, le respondí sorprendido. ¿Qué fue lo que pasó, si el fin de semana anterior estaba perfectamente bien?

-Pues resulta y sucede que Marcos Evangelista se emborrachó con unos tragos anoche, llegó a su casa tambaleando y no quiso comer nada de lo que Carmencita, la criada que le atendía su casa desde hacía más de veinte años, le tenía preparado, se fue directo para su

habitación y cerró la puerta. Al parecer se echó encima de la cama sin desvestirse, con su ruana blanca puesta, y se dispuso a fumar el último cigarrillo del día. Se quedó dormido, el cigarrillo se le cayó de sus labios y se le incendió la ruana y la cama. Cuando los vecinos escucharon los gritos de Carmencita, y se acercaron con baldes de agua para apagar el fuego, por la puerta de la habitación salían bocanadas de un humo negro y el olor de la carne chamuscada.

Después de una breve pausa agregó:

-Alicia llora desconsolada por su infortunio, y Oromario y el secretario del juzgado ya salieron para Sogamoso en busca de un inspector de policía y de los funcionarios de medicina legal que hagan el levantamiento de los restos e inicien la investigación correspondiente.

\*\*\*\*\*

Bogotá D.C., noviembre 05 de 2013

**LISANDRO BELTRÁN MORENO.**